



Pepito, Antoñito, Carmen, Rosalía, Juan, Elisa, los actuales niños españoles, no deben ignorar a Sanchico y Sanchica ni tampoco a los demás niños del "Quijote". Los padres, los maestros, los catedráticos, los escritores, los pintores han de contribuir a que reine entre todos ellos el debido conocimiento; a que Sanchico y Sanchica sean idolatrados, queridos; a que unos y otros sepan de sus costrumbres, de sus vidad, de sus canciones, de sus juegos.

Elisa, Carmen o Rosalía, que saben leer a la perfección, cuando esta amistad se acrecienta, deben enseñar las primeras letras a Sanchica; en trueque, la hija de Teresa y Sancho les enseñará alguna labor, algún quehacer de la cocina, algo del caldo del corral. Juan, Antoñito, Pepito deben procurar que Sanchico estudie el catón. Deben, además, hablarle de ferrocarriles, de automóviles, de aviones, de balompié. A cambio, Sanchico les dirá a ellos algo de la tierra, del surco y de la sementera. Les hablará, a su modo y según su experiencia, de agricultura, de la festividad perenne de la naturaleza con la que él está siempre en contacto.

Un niño español que ignore a Sanchico o Sanchica, ¿podría titularse legítimamente español? Un niño hispánico o hispanohablante que no conozca a los niños del "Quijote" no tendrá un idioma depurado, un espíritu secular, unos camaradas gloriosos. Para que el nombre de la patria sea amigo en la madurez de don Quijote y Sancho ha de ser amigo en la pericia de Sanchico y Sanchica.

Sanchico, no obstante, no es figura de primer plano en la novela. Queremos decir que su propio bulto no sale a escena. Más queda a cargo de los actores que representan ser sus padres difundir su existencia, hablarnos de él. Sancho rara vez alude a Sanchico exclusivamente; en sus diálogos con don Quijote, en esas conversaciones peraltadas que casi siempre se llevan la inmesidad de la corteza terrestre, el recuerdo se fija en sus hijos de modo general. Sin embargo, respondiendo a su oído, a su esposa, una vez hay en que el escudero nombra a su primogénito. La misma Teresa acostumbra también a nombrarlo en común, esto es, a hablarnos de sus hijos o de mi hija y mi hijo. Pero en dos ocasiones la referencia de los padres es directa. Así, pues, de lo que ambos manifiestan sobre Sanchico podemos deducir con seguridad estos cuatro o cinco rasgos biográficos que nos dibujan su perfil:

Sanchico tenía quince años. Era apenas un adolescente.

Sanchico, a su edad, aún no había ido a la escuela.

Sanchico tenía un tío que era abad y que lo quería hacer eclesiástico.

Sanchico, en cuanto su padre fuese gobernador, debía marchar con él para aprender tal oficio.

De todos estos detalles no deducimos con claridad cómo era Sanchico. Ni tampoco de qué forma iba vestido. Ni a qué jugaba, ni a qué dedicaba ese tiempo que los otros niños invertían sobre el banco escolar. Asimismo ignoramos si se cumplieron los propósitos de su tío el abad, figura ésta del "Quijote" apenas insinuada. Y sospechamos, puesto que no hemos hallado relación con ello, que su padre, cuando fué gobernador, no envió a buscarle por la posta, no cumplió su promesa, si bien es cierto que la gobernaduría le duró poco. Imaginamos, seguramente con algo de gratuidad, que Sanchico era moreno. ¿Quién corta alas al ensueño? ¿No parece lógico, por